

nor pedazo de tierra. Los historiadores dan á Itzcoatl, y en adelante á los señores de México, el dictado de emperador en lugar del de rey: uno y otro título son puramente convencionales, no correspondiendo exactamente á las ideas expresadas hoy por esas palabras."

"Al mismo rumbo occidental quedaba el reino de Tlacopan, con su capital del mismo nombre. Le pertenecían los pueblos tepaneca, "y la provincia de Mazahaocan, y "la parte de aquellas serranías con sus vertientes que "eran de chichimecas, que son los que ahora llaman otomies, y el día de hoy aún dura á la gobernación Tlacupa, cuando se hacen llamamientos de gentes para alguna "obra pública y de consideración, entrar en la cuenta de "esta república todos los pueblos que están en las cordilleras y las otras vertientes de las sierras, que le caen "al Poniente que corren hacia el Valle de Toluca." Para este nuevo señorío fué nombrado Totoquihuatzin, nieto de Tezozomoc y sobrino de Maztlaton, por no haber tomado parte ninguna en la guerra contra Itzcoatl y no se perdiera la memoria de tan antigua y fuerte tribu: tomó por dictado Tepanecatli Tecuhtli. Este pequeño reino quedó siempre estacionario, sin presentar variación alguna en su territorio. Así quedaron representadas las tres principales tribus que se habían disputado la supremacía del valle."

"Diéronse aquellos Estados á Totoquihuatzin, con obligación de servir con todas sus fuerzas al rey de México, siempre que éste las requiriese, reservándose la quinta parte de los despojos que se tomasen á los enemigos. Igualmente fué puesto Nezahualcoyotl en posesión del trono de Acolhuacán, con la misma obligación de servir á los mexicanos en la guerra y derecho á la tercera parte del botín, después de sacada la del rey de Tacuba, y quedando las otras dos terceras partes para el rey de México. Además de esto los dos reyes fueron creados electores honorarios del rey de México, prerrogativa que se reducía á ratificar la elección hecha por cuatro nobles mexicanos, que eran los verdaderos electores. El rey de México, en cambio, se obligó á socorrer á cada uno de los otros dos, cuando lo necesitasen. Esta alianza de los tres reyes, que se mantuvo firme ó inalterable, por espacio de cerca de un siglo, fué la causa de las rápidas conquistas que después hicieron los mexicanos."

"Respecto de la partición de los despojos, encontramos varias opiniones; la más autorizada, en nuestro concepto, y por eso preferida, es la siguiente: "En México y en su provincia abia tres Señores principales, que eran el Señor de México, y el de Tlescuco, y el de Tlacopan, que ahora llaman Tlacuba, todos los demás señores inferiores seruián y obedecían á estos tres Señores; y porque "estaban confederados toda la tierra que sujetaban la partían entre sí." "Al Señor de México auian dado "la obediencia los Señores de Tlescuco y Tlacuba en las cosas de guerra, y en lo demás eran iguales, porque no tenía el uno que hazer en el Señorío del otro, aunque algu-

"nos pueblos tenían comunes y repartían entre sí los tributos dellos, los unos igualmente y los de otros se habían cinco partes, dos llebaba el Señor de México, y dos el de Tlescuco, y uno el de Tlacuba."

(Orozco III, páginas 250 á 253.)

"GUERRA ENTRE LOS MEXICANOS: para declarar la guerra se examinaba antes en el consejo la causa de emprenderla, que era por lo común la rebelión de alguna ciudad ó provincia, la muerte dada á un correo ó mercader mexicano, acolhua ó tepaneca, ó algún insulto hecho á sus embajadores. Si la rebelión era sólo de algunos jefes, y no de los pueblos, se hacían conducir los culpables á la capital para castigarlos. Si el pueblo era también culpable, se le pedía satisfacción en nombre del rey. Si se humillaba ó manifestaba un verdadero arrepentimiento, se le perdonaba su culpa y se le exhortaba á la enmienda. Si en vez de humillarse respondía con arrogancia y se obstinaba en negar la satisfacción pedida, ó cometía nuevos insultos contra los mensajeros que se le enviaban, se ventilaba el negocio en el consejo, y tomada la resolución de la guerra se daban las órdenes oportunas á los generales. A veces el rey, para justificar más su conducta, antes de emprender la guerra contra algún estado le enviaba tres embajadas consecutivas: la primera al señor del estado culpable, pidiéndole una satisfacción conveniente y prescribiéndole el tiempo en que debía darla, so pena de ser tratado como enemigo: la segunda á la nobleza, invitándola á que persuadiese al señor evitase con la sumisión, el castigo que le aguardaba, y la tercera al pueblo, para hacerle saber las causas de la guerra. A veces, según dice un historiador, eran tan eficaces las razones propuestas por los embajadores, y se ponderaban de tal modo las ventajas de la paz y los males de la guerra, que se lograba prontamente una conciliación. Solían también mandar con los embajadores al ídolo de Huitzilopochtli, exigiendo de los que ocasionaban la guerra, que le diesen lugar entre sus divinidades. Si estos se hallaban con fuerzas para resistir, rechazaban la proposición y despedían al dios extranjero: pero si no se reconocían en estado de sostener la guerra, acogían al ídolo y lo colocaban entre los dioses provinciales, respondiendo á la embajada con un buen regalo de oro y piedras ó de hermosas plumas, y repitiendo las seguridades de su sumisión al soberano."

En caso de decidirse á emprender la guerra, antes de todo se daba aviso á los enemigos para que se apercebiesen á la defensa creyendo que era bajeza indigna de hombres de valor atacar á los desprevenidos. También se les enviaban algunos escudos, en señal de desconfianza, y vestidos de algodón. Si un rey desafiaba á otro, se añadía la ceremonia de unirlo y pegarle plumas á la cabeza, por medio del embajador, como sucedió en el reto de Itzcoatl al tirano Maxtlaton. Después se enviaban espías, á quienes se daba el nombre de *QUIMICHIN*, ó ratones, para que fuesen disfrazados al país enemigo y observasen los movimientos de los contrarios, el número y la calidad

de las tropas que alistaban, Si los espías desempeñaban bien su comisión, tenían una buena recompensa.

Finalmente, después de haber hecho algunos sacrificios al dios de la guerra y á los númenes protectores del estado ó de la ciudad contra la cual se iba á combatir, para merecer su protección, marchaba el ejército, no formado en alas, ni en filas, sino dividido en compañías, cada una con su jefe y estandarte. Cuando el ejército era numeroso se dividía en *XIQUIPILS*, y cada *xiquipilli* constaba de ocho mil hombres. Es verosímil que cada uno de estos cuerpos fuese mandado por un *tlacatecatl* ú otro general. El lugar en que se daba comunmente la primera batalla, era un campo destinado á aquel objeto en cada provincia y llamado *YAOTLALLI*, esto es, tierra ó campo de batalla. Dábase principio á la acción con un rumor espantoso (como se hacía antiguamente en Europa y como hacían los romanos), y para ello se valían de instrumentos militares, de clamores y de silbidos tan fuertes, que causaban terror á quien no estaba acostumbrado á oírlos, como refiere por experiencia el Conquistador Anónimo. En el ejército tezcucano, y quizás en el de alguna otra nación, el rey ó el general daba la señal de ataque con un tamborcillo que llevaba á la espalda. El primer ímpetu era furioso, pero no se empeñaban todos desde luego en la acción como dicen algunos autores, pues de su historia consta que tenían cuerpos de reserva para los lances apurados. A veces empezaba la batalla con flechas ó con dardos, ó con piedras, y cuando se habían agotado las armas arrojadas, echaban mano de las picas, de las mazas y de las espadas. Procuraban con particular esmero conservar la unión de sus huestes, defender el estandarte y retirar los heridos y los muertos de la vista de sus enemigos. Había en el ejército cierto número de hombres que se empleaban en apartar estos objetos, á fin de evitar que el contrario los echase de ver y cobrase nuevos bríos. Usaban de cuando en cuando de emboscadas, ocultándose entre las malezas ó en zanjas hechas á propósito, como lo experimentaron más de una vez los españoles, y frecuentemente fingían una retirada para atraer al enemigo, que se empeñaba en seguirlos á un sitio peligroso, donde les era fácil atacarlo con nuevas tropas por retaguardia. Su mayor empeño en la guerra no era tanto matar, cuanto hacer prisioneros para los sacrificios, ni el valor del soldado se calculaba por el número de muertos que dejaba en el campo de batalla, sino por el de prisioneros que presentaba al general después de la acción. Esta fué una de las principales causas de la conservación de los españoles en medio de tantos peligros, y especialmente en la horrible noche en que salieron vencidos de la capital. Cuando algún enemigo vencido procuraba escapar, lo desjarretaban á fin de que no pudiera correr. Cuando perdían el general ó el estandarte, echaban á huir, y entonces no había fuerza humana que bastase á detenerlos.

Terminada la batalla, los vencedores celebraban con gran júbilo su triunfo, y el general premiaba á los oficia-

les y soldados que habían hecho prisioneros. Cuando el rey de México había hecho algún prisionero, le enviaban embajadas y regalos todas las provincias del reino para darle la enhorabuena. Vestían á aquel malaventurado con las mejores ropas, lo cubrían de preciosos adornos, y lo llevaban en una litera á la capital, de donde salían á recibirlo los habitantes con música y grandes aclamaciones. Llegado el día antes del sacrificio, después de haber ayunado el rey el día antes, como hacían los dueños de las víctimas, llevaban al real prisionero con las insignias del sol al altar común de los sacrificios y moría á manos del gran sacerdote. Este hacía con la sangre de la víctima una aspersión á los cuatro puntos cardinales, y mandaba un vaso de ella al rey, para rociar todos los ídolos que estaban en el recinto del templo, en acción de gracias por la victoria conseguida contra los enemigos del Estado. Enfilaban la cabeza en un palo altísimo, y cuando se había secado el pellejo, lo llenaban de algodón y lo colgaban en algún sitio del palacio para recuerdo de un hecho tan glorioso: en lo que no tenía poca parte la adulación.

En los asedios de las ciudades, la primera precaución de los sitiados era poner en seguro sus hijos, sus mujeres y los enfermos, enviándolos en tiempo oportuno á otra ciudad ó á los montes. Así los salvaban del furor de los enemigos, y evitaban el consumo inútil de los víveres de la guarnición."

"Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo II. pág. 505."

OFICIALES DE GUERRA Y ORDENES MILITARES DE LOS MEXICANOS.

"No había en aquellos países profesión más estimada que la de las armas. El numen que más reverenciaban era el de la guerra, como principal protector de la nación. Ningún príncipe era elegido rey, si antes no había dado pruebas de valor y pericia militar en muchas batallas, hasta merecer el alto empleo de general del ejército; y el rey no podía ser coronado, si no hacía por sí mismo los prisioneros que habían de ser inmolados en su coronación.

Todos los reyes mexicanos, desde Itzcoatl hasta Quauhtemotzin, que fué el último, pasaron del mando del ejército al trono. Aun en la otra vida, según su creencia, las almas más felices eran las de aquellos que morían con las armas en la mano, en defensa de su patria. Por la gran estima en que tenían á la carrera militar, procuraban inspirar valor á sus hijos, y endurecerlos desde su niñez en las fatigas de la guerra. Este ventajoso concepto de la gloria de las armas, fué el que formó aquellos héroes, cuyas ilustres acciones conserva la historia; el que les hizo sacudir el yugo de los tepanecas, y elevar de tan humildes principios tan clara y tan famosa monarquía; el que amplió, finalmente, su dominio desde las márgenes del lago, hasta las costas de uno y otro océano.